

DECENA TRÁGICA

Inicio de la Traición

El movimiento infidente que venía preparándose para derrocar al presidente Madero estalla en la madrugada del 9 de febrero de 1913.

De Tlalpan a Tacubaya simultáneamente, parten los rebeldes con rumbo a la ciudad de México. Los alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes se apoderan del Palacio Nacional sin resistencia.

De Tacubaya salen trescientos dragones del 1er. regimiento, cuatrocientos del 2º y el 5º de artillería, y se dirigen al cuartel de la Libertad. Se les unen cien hombres más, y todos juntos se encaminan directamente a la Prisión Militar de Santiago Tlaltelolco, donde el jefe del movimiento, general Manuel Mondragón, pide la libertad del general Bernardo Reyes, la que le es concedida en el acto.

Seguidamente se dirigen a la Penitenciaría del Distrito Federal donde es libertado el general [Félix Díaz](#).

Por otra parte, el ministro de Guerra y Marina, general Ángel García Peña, y el comandante militar de la plaza, general [Lauro Villar](#), lograron llegar al Palacio Nacional y adoptando una actitud enérgica se impusieron a los soldados y aspirantes con una vibrante arenga, en la que condenaban el hecho antipatriótico que estaban cometiendo. Como los sublevados conocían la disciplina militar y a la vez presenciaban el valor de aquellos dos respetables ancianos encanecidos al servicio de la Patria, se rindieron y quedaron reducidos a prisión.

Entre tanto los generales Manuel Mondragón, Gregorio Ruiz, [Bernardo Reyes](#), Félix Díaz y otros más, se dirigen rumbo a Palacio Nacional, pero en el camino tienen noticias de que algo ocurría en la Plaza de Armas. Para investigar lo que sucede, se adelanta el general Gregorio Ruiz, que al llegar al citado sitio es aprehendido y fusilado poco después.



Confianza frustrada

El general Bernardo Reyes creyó conveniente seguir rumbo a Palacio con la seguridad de que el general Gregorio Ruiz lo esperaba, pero al llegar a la puerta central fue intimado a que se rindiera; como el grupo que le seguía continuaba avanzando, se entabló un combate en el que hasta el intendente de Palacio, Adolfo Bassó, personalmente disparó con una ametralladora. Es muerto el general Bernardo Reyes y herido el general Lauro.

Ataque a la Ciudadela

En vista de lo que ocurría, los generales Félix Díaz y Manuel Mondragón se dirigen a tomar la Ciudadela. El jefe que la tiene a su mando, general Rafael Dávila, se opone a los intentos de aquéllos y ofrece alguna resistencia. Sin embargo, al poco tiempo es hecho prisionero. Los sublevados, de este modo, quedan dueños de la importante fortaleza.



El presidente [Francisco I. Madero](#) tuvo conocimiento desde las primeras horas de la mañana de lo que pasaba en el centro de la ciudad; sale del Castillo de Chapultepec, a caballo, escoltado por alumnos del Colegio Militar. Se dirige al Palacio Nacional y en el trayecto se une a él la multitud, vitoreándolo. También se le unen algunos políticos y militares.



Aclamado por el pueblo

Al llegar a la avenida de San Francisco, frente al Teatro Nacional, se escucha un tiroteo que sostienen federales y sublevados, y el señor presidente se ve precisado a refugiarse en la Fotografía Daguerre, ubicada en la avenida Juárez.

Desde las primeras horas de aquel martes 11 de febrero, la actividad bélica asumió características de gran movilidad en todos los rumbos de la ciudad.

En la misma Ciudadela, las azoteas están materialmente coronadas de fusiles que sostienen elementos militares y civiles, codo con codo, y que están perfectamente preparados para entrar en combate. Los jefes y oficiales que les mandan, no cesan de observar los movimientos que se distinguen perfectamente desde sus posiciones, entre los distintos puntos en que las tropas del gobierno están tomando posiciones para combatirlos.



Fuego de metralla

En las calles que circundan La Ciudadela, se han ubicado varios puestos avanzados, emplazándose ametralladoras.

En otro lugar de la ciudad está el hombre que tiene en sus manos, en cierto modo, el destino de las cosas; los hilos que pueden hacer que los acontecimientos que van a iniciarse en breves minutos, tengan un resultado determinante.

Es, en esos momentos, quien puede inclinar la balanza al lado que sus personales determinaciones lo prefieran... Y así lo hizo. Es el general [Victoriano Huerta](#) en torno del comandante militar de la plaza y, de hecho, el hombre más fuerte, militarmente hablando, están los oficiales de su estado mayor.

Apóstol de la Democracia

En el Palacio Nacional, el Presidente de la República, don Francisco I. Madero, todo corazón y todo optimismo, desechando enérgicamente cuantos avisos se le llevaban y en los que se le apuntaba la traición de que estaba siendo objeto. Para él aquello era intriga y cosa de poco valor. No creía en la perfidia de los hombres y en los más pérfidos puso su mayor confianza.

El otro extremo era la comandancia militar de la plaza, en la que el general Victoriano Huerta, avieso y taimado, estaba utilizando a los hombres para fincar su propia situación. No pensó jamás en que lo que hacía era un crimen sin nombre ni medida, inaudito y desproporcionado. Para él los hombres, fueran quienes fueren, solamente eran piezas en el ajedrez y nada más.

Intromisión Wilsoniana

Se tuvieron noticias de que el gobierno de los Estados Unidos del norte había girado instrucciones para que barcos de guerra de esa nación navegaran hacia puertos mexicanos y que —y eso era lo más serio y grave— sus tripulaciones y soldados traían órdenes de efectuar desembarcos y marchar a la capital de la República para "proteger las vidas e intereses de sus nacionales".

Al tenerse conocimiento de tales cosas, positivamente desmesuradas y carentes de una explicación válida, el gobierno de México, encabezado por el señor don Francisco I. Madero, actuó rápidamente, y sobre el particular se cambiaron notas entre ambos gobiernos, sin que ello impidiera que el Presidente Madero telegraficara una bien fundada protesta, en enérgicos y patrióticos términos, al Presidente Taft, mientras que se sostenían, en la ciudad de México, conferencias con el embajador de los Estados Unidos, señor Lane Wilson, logrando, al fin, conjurar el peligro que implicaba el que se hubiera realizado aquella pretendida intervención norteamericana en nuestro suelo y nuestros asuntos domésticos.

Piden renuncia de Madero

Los acontecimientos se venían sucediendo en la capital de la República con un ritmo que cobraba aceleración de instante en instante. La nueva de que los senadores porfiristas de la mayoría del senado habían ido a pedir al Palacio Nacional las renunciaciones de los señores don Francisco I. Madero y licenciado [José María Pino Suárez](#), de sus puestos de Presidente y Vicepresidente de la República, llevó a las oficinas presidenciales a numerosos amigos que felicitaron calurosamente al señor Madero por la actitud que había asumido ante aquellos políticos, y los comentarios sobre la forma en que había terminado la entrevista con ellos, eran en todos los tonos, pero siempre dentro de un regocijo acentuado.

—¡Pues, hombre! —comentaba el señor Presidente—. ¡No faltaba más! Cómo se les ocurre pensar que va a estar el Presidente de la República, elegido por el pueblo, sujeto a la más peregrina decisión que puedan tomar unas cuantas personas tan sólo porque así lo creen ellas y estiman conveniente. ¡Pues vaya respeto a la voluntad popular!

—Es usted el Presidente y su actitud fue la que su dignidad indicaba. Tiene usted toda la razón dijo otro de los visitantes.

Finalmente, como para cerrar la conversación sobre aquel paso aventurado, pero peligroso, que dieron los senadores porfiristas, el Presidente de la República expresó:

—Si el pueblo me pidiera que abandonara la presidencia, que me fuera, yo me iría inmediatamente; pero sólo son unos cuantos rebeldes a los que se les tiene rodeados por tropas leales y a los que se está a punto de destrozar; son ellos y sus aliados en el senado los que me dicen que deje mi puesto. No estoy en ánimo de darles gusto. Todo el país está conmigo, lo sé perfectamente, por eso les doy la pelea y me mantendré en mi lugar hasta el final.

Fatalidad en camino

Y el final venía avanzando inexorablemente, con esa fatalidad de las cosas que han de suceder y que nada ni nadie puede detener ni desviar.

Ese mismo día, ese martes 18 de febrero, era el señalado para que las cosas llegaran a su clímax.

Dentro, el Presidente conociendo bien la lealtad del general Rivera comprendió que no era exacta la información y al mismo tiempo se extrañó de la forma en que el teniente coronel Riveroll cogiéndolo con relativa referencia por el brazo izquierdo lo trataba de jalar hacia la puerta del salón.

El Presidente con un tirón enérgico se desprende de la mano de Riveroll diciéndole que fuera a llamar al general Blanquet, para que le informara personalmente que esa era la forma en que debía hacerlo.

Riveroll sumamente nervioso ante la inminencia de los acontecimientos que por otra parte no están saliendo todo lo bien que ellos habían planeado, trata de coger nuevamente al Señor Presidente por el brazo mientras dice ¡Señor Presidente, es urgente que abandone este lugar, en seguida!

El señor Madero nuevamente se deshace de él y le dice enérgicamente:

—¡No saldré!

El capitán Montes, que ha tratado de detener a la tropa que venía con Riveroll e Izquierdo, se llega hasta cerca del señor Presidente y al ver cómo el teniente coronel Riveroll trata de obligar por la fuerza al señor Madero para que lo siga, le grita:

—¡Alto !

Riveroll, perfectamente consciente de que su estratagema no dio resultado, se encara con Montes y le dice:

—¿Por qué detiene a esos soldados? —y luego a ellos—: ¡Media vuelta! ¡Alto! —y vuelve a encararse con el capitán Montes, mientras trata de asir nuevamente al señor Madero—: ¿Quién es usted para mandar esa tropa?

—¡Soy ayudante del señor Presidente de la República y por lo tanto mando aquí!

El mayor Garmendia, viendo la actitud de Riveroll, le grita:

—¡Al señor Presidente de la República no se le toca!

Simultáneamente echa mano a su pistola y dispara sobre Riveroll, dándole muerte instantánea.

El capitán Montes y Marcos Hernández, disparan sobre el mayor Izquierdo, que se acercaba precipitadamente, y lo matan también.

Se forma una algarabía, pasos precipitados, muebles arrojados violentamente y, sobre toda esa barahúnda, se escucha la voz del capitán Enrique González, que ordena a la tropa:

—¡Soldados! ¡Fuego!

Los civiles que acompañan aquella tropa gritan despavoridos:

—¡Fuego! Fuego! ¡Disparen! ¡Mátenlos a todos!

Al ver que los soldados van a hacer fuego, Marcos Hernández actúa rápidamente y de un salto cubre al señor Presidente con su cuerpo. Si se hubiera tardado en ejecutar aquel acto una sola fracción de segundo, el Presidente Madero hubiera sido muerto ahí mismo.

Los soldados disparan sobre el grupo en que está el señor Madero y cae muerto Marcos Hernández.

Por su parte, Montes y Garmendia siguen disparando, haciendo que huyan despavoridos tanto la tropa como los civiles que venían con ella, una vez que han visto morir a sus cabecillas Riveroll e Izquierdo.

—¡Marcos! ¡Marcos! —clama el señor Madero tratando de auxiliar a su amigo y pariente Marcos Hernández.

Todos se acercan a él y cuando han visto de cerca al caído, dice el señor Rafael Hernández:

— ¡Está muerto!

—Tenemos que huir inmediatamente —dice don Ernesto Madero—, Blanquet se ha volteado y seguramente que estará aquí dentro de unos instantes.

—Hay que cerrar perfectamente todas las puertas que dan al patio —ordena el mayor Garmendia a Bassó, intendente del palacio, que ha acudido al lugar de los acontecimientos—. ¡Rápido!

El Presidente Madero dice:

—Aquí abajo, en las Calles de la Acequia, hay fuerzas de rurales leales. Salgamos al

balcón.

Rápidamente salen al balcón el Presidente y varios de los que ahí estaban con él, entre ellos el capitán Federico Montes.

Fuera, los rurales, que habían escuchado el ruido de descargas de fusilería, se han preparado, listos para cualquier eventualidad que se presente. Al ver al Presidente en el balcón lo vitorean delirantes:

—¡Viva Madero! ¡Viva Madero! ¡Viva el Presidente Madero! ¡Viva el Presidente de la República!

El capitán Montes, con voz potente, habló a los rurales:

—Soldados de la República: El señor Presidente don Francisco I. Madero acaba de sufrir un atentado. Han intentado asesinarlo miembros del 29o. Batallón. La vida del Primer Magistrado de la República, que eligió el pueblo, está en peligro. Soldados leales, hay que defender la vida del señor Presidente de la República, en peligro en estos momentos.

La gritería de los rurales atronaba el espacio. Requirieron sus armas y gritaban:

—¡Viva Madero! ¡Viva el supremo gobierno! Luego fue el señor Madero quien les dirigió la palabra para decirles:

— **Soldados: Acabo de sufrir un atentado del que, venturosamente, salí ileso**, pero el enemigo está, aquí mismo en el palacio. El gobierno legítimo de la República está en peligro y requiere la cooperación inmediata de los soldados leales y dignos. Con la ayuda de ustedes, hemos de triunfar. ¡Viva México!

—¡Viva el supremo gobierno! ¡Viva el Presidente Madero!

Dentro, en el saloncillo del elevador, al que ha vuelto el señor Presidente, dice éste a sus acompañantes:

— Bajemos por el elevador y tratemos de ganar la puerta. ¡Urge salir de aquí cuanto antes!

El elevador es insuficiente para contener a todos los que forman el grupo, así que quedan sin entrar a él y, por lo tanto, sin bajar, el mayor Garmendia y Rafael Hernández, así como don Ernesto Madero que trata de auxiliar todavía al moribundo Marcos Hernández, que tiene una tremenda herida en el vientre:

—¡Mayor Garmendia! Busque usted un médico, se muere — dice angustiado, don Ernesto Madero.

Garmendia ve el elevador que baja con el señor Presidente y los pocos que pudieron acompañarlo, y vuelve el rostro hacia el señor Hernández, pálido y evidentemente moribundo, y exclama, como para sí mismo:

—El se va primero; quizás le seguiremos todos luego y sale por el corredor rumbo al Ministerio de la Guerra.

El último cuarto de hora del régimen maderista estaba transcurriendo y lo hacía con la rapidez que pone en su empeño aquél que ya quiere terminar; el que ya ve en lontananza la meta de su recorrido.

Los últimos acontecimientos de aquella desmesurada tragedia nacional, en la que los más encontrados caracteres y los rasgos más disímbolos actuaron radicalmente, se precipitaron, en arrebatado tropel, como no queriendo quedarse atrás ninguno de ellos, sino que, antes bien, como exhibiendo una fatal ansiedad de ser, cada uno, el primero en escribir su parte.

Por la puerta del elevador privado de la presidencia, que desciende en el patio de honor del Palacio Nacional, salen de aquel vehículo el Presidente don Francisco I. Madero y sus pocos acompañantes. En sus rostros están aún bien grabadas las huellas de la tragedia que gravita sobre ellos.

El oficial de guardia, al reconocer al señor Presidente, rápidamente ordena a la tropa de servicio: —¿Presenten! ¡Armas!

Los soldados lo hacen con la marcialidad que les ha sido enseñada, firmes, enérgicos, maquinalmente; con esa precisión con que se ejecutan los actos que ya de tan sabidos, los efectuamos subconscientemente.

El señor Madero y sus acompañantes, al ver la acción de aquella guardia, que permanece en actitud de "presentar", creen que han encontrado en ella un posible refugio o sostén, y se detienen brevemente.

El capitán Montes habla a los soldados:

—Soldados: ¡Han tratado de asesinar al señor Presidente de la República! Traidores pertenecientes al 29o. Batallón han querido matarlo. Hay que defender la persona del que es, por la elección del pueblo de la República, el Presidente de México.

La trágica realidad responde a las emocionadas palabras del capitán Federico Montes.

Los soldados pertenecientes a la guardia, permanecen en su marcial actitud: presentando armas. No demuestran en sus rostros el menor signo de comprensión de aquellas palabras. Son máquinas que no piensan. Simplemente ejecutan las órdenes que se les dan.

Lo mismo llevan al cabo el acto respetuoso y simbólico de rendir homenaje al Presidente de la República, presentando armas, que si se les ordena así, las dispararían sobre él.

Cuando el Presidente trató de encaminar sus pasos hacia afuera, se ve avanzar al mismo general Blanquet por uno de los corredores del patio de honor del palacio, en el que estaba el señor Madero. Viene Blanquet seguido por dos hileras de soldados que llevan el arma embrazada. Blanquet lleva en su diestra su pistola, y los oficiales que mandan la tropa van también pistola en mano, listos para actuar a la menor indicación.

El general Blanquet, tal vez por el impacto moral de su propia ignominia, pone en sus gestos el máximo de sus energías, como tratando de vestir con marcialidad prusiana lo que solamente era vergüenza de cobarde.

Su mirada, en la que están concentrados todos los restos de su persona, parece que quiere devorar al Presidente don Francisco I. Madero y a las personas que lo rodean. Materialmente echa lumbre por los ojos, que por su movilidad y brillo, dejan entrever lo que es aquel individuo: una vil víbora traicionera.

Don Francisco I. Madero se detiene y con él los que forman el grupo de sus amigos. Mira con aprensión, pero con serenidad también, cómo se acerca el general Blanquet, quien nerviosamente levanta la mano armada hasta la altura del pecho del señor Presidente de la República, mientras dice, nervioso, gritando:

—¡Ríndase, señor Presidente!

—¿Es usted un traidor, general Blanquet! — responde enérgicamente el señor Madero.

—¿Es usted mi prisionero! — reitera Blanquet, mientras con la mano hace ademán a la gente que está tras de él.

Un grupo de oficiales y soldados del 29o. Batallón se apoderan violentamente de la persona del señor Madero y lo conducen a la guardia.

Junto con el señor Presidente fueron reducidos a prisión los señores licenciado José María Pino Suárez, licenciado Vázquez Tagle, licenciado Rafael L. Hernández, don Ernesto Madero y el general García Peña, todos miembros del gabinete presidencial del señor Madero.



En la sala de guardia de la puerta principal del palacio quedaron los detenidos, sujetos a estrecha vigilancia de guardias que les fueron destacados con instrucciones

terminantes.

Detenido

Cuando todo aquel bochornoso episodio hubo terminado y el señor Madero estuvo seguro en su lugar de reclusión, el general Blanquet, cumpliendo las instrucciones que le diera su superior en jerarquía y en villanía, fue a comunicarse por teléfono con él para darle el parte de novedades. Esa fue la comunicación telefónica que recibió el general Huerta cuando estaba "agasajando" en el Restaurante Gambrinus, a don Gustavo Madero.

En un extremo de la línea está el general Victoriano Huerta y dice la fórmula consabida: —¡Bueno!

—Mi general, ya está todo listo y terminado habla en el otro extremo el general Blanquet, todavía presa de su ominoso estado de ánimo.

—¿Ya? ... ¿Salió todo bien? ...

—Bueno, el resultado final sí; puede decirse que sí —tartajea el general Blanquet—. Me mataron al teniente coronel Riveroll y al mayor Izquierdo.

—¡Cómo! —exclama Huerta asombrado— ¿Se defendieron?

—Sí, señor —asegura Blanquet—. Los ayudantes de Madero dispararon y dieron muerte a esos dos magníficos jefes. Estoy sumamente indignado. Un pariente de Madero murió en la refriega. Yo personalmente tuve que efectuar la aprehensión de Madero y de algunos de sus ministros. Los tengo en la prevención, a sus órdenes, mi general.

—Perfectamente, general Blanquet. Lo felicito —dijo Huerta con el tono impersonal de voz que usaba cuando solamente él sabía cuál era su verdadero estado de ánimo—. Esta es la nuestra. Ya es usted general de división. ¡Viva la República!

—Muchas gracias, mi general —contesta jubiloso el recién premiado—. ¿Viene usted para acá luego?

—No tardo mucho —informa Huerta y luego agrega con trágica ironía—: Nada más despido a mi "huésped". Mándeme bien escoltado a Bassó.

Huerta deja el auricular del teléfono parsimoniosamente y, sin poder evitarlo, una sonrisa de chacal asoma a sus facciones, mientras vuelve al salón en el que ha estado comiendo con don Gustavo Madero, a quien al llegar de regreso, dice:

—Don Gustavo, quiero regalarle una nueva pistola que es, seguramente, mucho mejor que la que usted usa.

—Muchas gracias, general; pero le advierto que la mía no es nada mala — responde don Gustavo Madero.

—A ver — dice Huerta, mientras extiende la mano demandando la pistola de don Gustavo.

Este desenfunda su pistola y se la entrega, comedidamente, al general Huerta, diciéndole:

—Mire usted.

El general Huerta hace como que examina, la pistola, la vuelve de un lado y del otro y luego, amartillándola, le empuña con la mano diestra y la apunta al pecho de don Gustavo, a quien dice violentamente:

—¡Es usted mi prisionero!

Al mismo tiempo, por distintos lados han aparecido unos soldados que apuntan fijamente con sus rifles a don Gustavo Madero y al general Delgado, a quien también, uno de los acompañantes de Huerta, ha desarmado.

Don Gustavo Madero exclama, en el colmo de la sorpresa:

—Pero ¿qué es esto?

—Lo que oye —dice Huerta, ya sin tratar de disfrazar su natural grosero y brutal—. Lo de ustedes se acabó. El que manda ahora aquí soy yo. —Se vuelve a uno de los jefes que están ahí y le dice—: Teniente coronel, hágase cargo de este señor y condúzcalo a La Ciudadela, y allí entréguesele al general Félix Díaz. Y usted, general Delgado, queda aquí detenido —dirigiéndose ahora a otro de los oficiales ahí presentes—: Usted, vaya y aprehenda al general Ángeles y condúzcalo a palacio para que lo entregue allí al general Blanquet. Los federales habían suspendido el fuego sobre La Ciudadela, excepto las que estaban bajo el mando directo del general Ángeles. La Ciudadela solamente contestaba los disparos de este último; cuando llegó el oficial enviado por Huerta, se le comunicó la orden de suspender el fuego, pero el pundonoroso militar no obedeció y se mantuvo en su actitud, haciendo fuego sobre La Ciudadela, por espacio de dos horas, hasta que, sometido a prisión, quedó detenido junto con el señor Madero, en el Palacio Nacional

Luto y oscuridad

Ha anochecido ya sobre la ciudad. Las sombras de la noche van cerrando su manto, dijérase de luto, por los acontecimientos que han tenido lugar acá, abajo.

En un lugar indeterminado, una corneta toca: "Cesar el fuego". En distintos rumbos y con extrañas resonancias de renunciación, aquel toque tiene la respuesta de otros cornetas que lo repiten, como ecos de aquella serial que marcaba el punto final de la actuación del régimen que por la libre, franca e innegable voluntad del pueblo de México, encabezaba y encarnaba, en su carácter de Presidente de la República, el señor don Francisco I. Madero.

Para festejar el triunfo de la traición, los chacales del huertismo hicieron que las campanas de todos los templos de la ciudad repicaran a fiesta, alardeando de su

éxito. La banda de guerra del "glorioso" 29o. Batallón recorrió los alrededores de la Plaza de Armas, tocando dianas.

Las turbas de insensatos que lo mismo siguen a una idea que a un crimen, azuzados por los triunfadores, fueron a repetir sus crímenes, ahora prendiendo fuego al periódico "La Nueva Era" de filiación francamente maderista, lo mismo que habían destruido y quemado para protestar por el cuartelazo, el día 9, los periódicos opositores al régimen: "El País" y "La Tribuna".

La dignidad nacional, esa noche, ocultaba su rostro tratando de no ver la ignominia que se engallaba, llevada en hombros de los triunfadores.

Pero, aún habría más, mucho más que lamentar.

Esa misma tarde del 18 de febrero de 1913, poco después de que el general Victoriano Huerta consumó sus planes sometiéndolo a prisión al Presidente y al Vicepresidente de la República, señores Francisco I. Madero y licenciado José María Pino Suárez, así como a la mayoría de sus principales colaboradores, pero de manera especial y por personal determinación contra ellos, a los señores don Gustavo Madero y Bassó, a los que hizo conducir a La Ciudadela a disposición del general Félix Díaz; el general Huerta estuvo conferenciando largamente con el embajador de los Estados Unidos, Mr. Lane Wilson, a quien había estado visitando con extraña frecuencia en los días inmediatamente anteriores y en medio del desarrollo de los acontecimientos que después habían de ser conocidos como la Decena Trágica, manteniéndolo informado del paso que se pensaba dar. Se citaron para esa misma noche, a las diez, en la propia casa del embajador, cita a la que debería concurrir también el general Félix Díaz, corruptor del ejército e infidente traidor, en consorcio perfectamente explicable y muy digno de ellos. Bajo la égida del oficioso señor Wilson, quien extrañamente estuvo controlando los hilos de aquella trama sangrienta, el chacal Victoriano Huerta y el traidor Félix Díaz firmaron un tratado de ignominia y vergüenza, esa misma noche, como estaba previsto, pacto que luego fue conocido como Pacto de La Ciudadela, pero que, en estricta justicia, debiera ser llamado como "pacto de la embajada"

Traición consumada

En presencia del amistoso embajador Wilson, los dos traidores se estrecharon en fuerte abrazo y recibieron las felicitaciones del propio Lane Wilson y de algunos senadores y militares que concurren a aquel extraño acto, quienes los vitorearon ardientemente, rociando después aquello con frecuentes brindis de champaña, brindis que se hacían por los "salvadores de la patria", por el "glorioso ejército", por la "República"... Pero, ya era mucho; ya resultaba desmesurado para el criterio de la gente honrada y respetuosa de las instituciones patrias, más no así para quienes lo habían propiciado y ejecutado.

La traición estaba consumada y sus efectos empezaban a mostrarse en los versos actos que luego vinieron, como para colmar de escarnio y vergüenza los anales de la historia.

A la cobarde y aviesa traición, siguieron los crímenes aún más cobardes y perfectamente explicables si se considera por quiénes fueron ejecutados y quiénes fueron sus mentores.

La sangre de millares de inocentes víctimas que actuaron en la trágica farsa de los diez días de combate, no era manjar suficiente para satisfacer los apetitos inenarrables de aquellos sátrapas; no estaba todavía ahíta su ferocidad y, por ello, se dieron a preparar, con lujo de refinamiento, los crímenes más negros que la historia registra

Acribillado

En La Ciudadela dos automóviles que llegaron conduciendo a los señores Gustavo A. Madero y al intendente Bassó, fuertemente custodiados por numerosos oficiales. Se les hizo descender de los automóviles, y a empujones y sin ninguna sombra de decencia, más bien haciendo despliegue de brutalidad, se les introdujo a la fatídica fortaleza, a través de un oscuro pasillo que mal alumbraba una lámpara de petróleo, pues desde el principio de los combates, la ciudad había quedado a oscuras.

En medio de palabras injuriosas, empujones y tratos peores que si se tratara de los criminales más odiosos, se les llevó hasta la oficina en que despachaban los generales Félix Díaz y Manuel Mondragón.

Aquí estaban los dos militares traidores, acompañados de sus inseparables, el licenciado Rodolfo Reyes, Cecilio Ocón y varios otros elementos civiles y algunos militares.

Frente a La Ciudadela. La estatua del libertador don José María Morelos, se recortaba airosa sobre el fondo descolorido del cielo nocturno.

Por la puerta principal sale el grupo de felixistas que, delirantes de odio y sed de sangre, llevan a empujones y a golpes a don Gustavo Madero, obligándolo a llegar hasta el pedestal de la estatua de Morelos.

Un oficial, con una linterna de mano, alumbraba el rostro despavorido de don Gustavo, en que el ojo artificial, inmóvil y quieto, hace extraño contraste con la expresión de terror que exhibe el otro, el bueno.

Otro oficial, con un mazzazo, clava el ojo sano de don Gustavo, que al ser tan brutalmente herido, lanza un alarido de intenso dolor.

La gente, o los que están ahí reunidos ejecutando aquella incalificable iniquidad, lanzan al aire enardecidos gritos de entusiasmo, en sádico placer ante el dolor de aquel hombre indefenso.

Del rostro ensangrentado de aquel hombre, enloquecido por el dolor, caen a raudales sangre y lágrimas.

Don Gustavo, materialmente enloquecido por el dolor y la desesperación de no

poder ver, ni defenderse, trata, trastabillante, de huir sin saber cómo ni por dónde. La turba lo persigue y acoquina con toda suerte de brutalidades, pateándolo, golpeándolo y disparando sus armas sobre él.

¡Una carnicería!

Cae hecho jirones el cuerpo de don Gustavo Madero y aún así, es acribillado a tiros por sus asesinos.

Uno se llega hasta él y le da varias puñaladas con su marrazo.

El cadáver de aquel hombre, víctima del ambiente formado por los criminales y traidores engreídos con su éxito transitorio, fue llevado dentro del Cuartel de la Guardia Presidencial y sepultado bajo un montón de estiércol.

En las diversas comisarías de la ciudad, se formaron pelotones de ejecución para dar muerte a infinidad de personas a las que bastaba para que se les pasara por las armas, el simple hecho de que alguien asegurara que eran maderistas reconocidos, amigos ignorados del régimen, así como a numerosos jefes de rurales que eran, naturalmente, adictos al señor Madero.

Día 18 de febrero 1913

La orgía de sangre duró hasta las primeras horas de la madrugada, sembrando la muerte y el terror por toda la ciudad.

Aquella fue la ocasión que todos los cobardes saben aprovechar para cobrarse lo que ellos estiman "una cuenta" contra los que nunca pudieron hacer nada, porque su misma cobardía los colocaba en inferioridad.

Aquella misma tarde del día 18, fueron puestos en libertad bajo palabra de que no intentarían dejar la ciudad, los ministros de Relaciones, Justicia, Gobernación, Hacienda y Guerra: licenciados Pedro Lascuráin, Manuel Vázquez Tagle, Rafael L. Hernández, don Ernesto Madero y general Ángel García Peña, respectivamente.

Los señores Presidente y Vicepresidente de la República, don Francisco I. Madero y licenciado José María Pino Suárez, continuaron en cautiverio en las dependencias de la intendencia del palacio, mismo lugar al que fue llevado, también prisionero, acusado del grave delito de "insubordinación en campaña", el general Felipe Ángeles.

Huelga decir que a los prisioneros se les tenía sujetos a una vigilancia extremada y bajo absoluta prohibición de comunicarse con nadie.

Los familiares del señor Presidente y de otros de los que fueron víctimas de aquella trágica jornada del 18 de febrero de 1913, lograron ser amparados en diversas legaciones extranjeras, significándose por su actitud amistosa hacia el señor Presidente y sus familiares, el ministro de la República de Cuba, excelentísimo señor [Manuel Márquez Sterling](#).

El mismo Presidente Taft, mandatario de los Estados Unidos del norte, pidió garantías para la vida de los prisioneros.

Se acercaba el epílogo de la tragedia: implacable.



Falsa elección

En las primeras horas de la noche de aquel sangriento y agitado día 18 de febrero de 1913, y mientras se preparaba todo lo necesario para dar cima a la tarea de derruir cuanto existía y que significara nexo alguno del régimen maderista con la nueva situación, pasando por la mentira internacional y llegando hasta el crimen, se organizó una verdadera ofensiva contra los señores don Francisco I. Madero y licenciado José María Pino Suárez, tendiente a lograr de ellos sus renuncias a los cargos que la elección popular más genuina que se ha celebrado en la República Mexicana, les había conferido, llevándolos a la presidencia y vicepresidencia, respectivamente.

Fueron diversas las instancias que se desarrollaron para obligarlos a renunciar "por la buena". Los medios empleados para que aceptaran aquella "decisión" variaron, abarcando una amplia escala que corría desde el halago melifluo y cínicamente hipócrita de pseudo-amigos, ahora aliados del traidor triunfante, hasta la amenaza descarada y brutal de no solamente llegar contra ellos en su personal supresión, sino ejercer represalias y presión hasta límites de escándalo contra y sobre sus familiares.

Ni uno ni otro extremo, fueron argumento suficiente para llevar a la conciencia del señor don Francisco I. Madero, Presidente Constitucional de la República Mexicana, ni a la del señor Vicepresidente, licenciado José María Pino Suárez, el convencimiento de que pudieran asirse para firmar las renuncias que se les pedían.

Simulación

Don Francisco sabía que era él el único Primer Magistrado legítimo del país; que para arrebatarle su investidura habría que recurrir a uno de dos medios: o bien presionado sobre las cámaras legislativas simulando un proceso legal que no podían sustentar porque nadie mejor que ellos sabían que no tenían base alguna para

hacerlo, o por el otro extremo, recurriendo a lo que parecía que trataban de llegar a suprimir simple y sencillamente su persona, valiéndose de cualquier mano mercenaria y cubriendo el hecho con cualquier explicación, en forma tal, que quedara el camino expedito a las cámaras, lógicamente bajo terrible presión de los vencedores, para poner en la presidencia a quien se les diera la gana.

Sabiendo su peligrosa situación y conociendo que había noventa y nueve probabilidades de que con su negativa estuviera firmando su sentencia de muerte, el señor Presidente se negó una y otra vez a cuantas instancias se hicieron para que firmara su renuncia, dejando el paso legal expedito para los traidores.

La actividad de Victoriano Huerta y sus corifeos no se circunscribía a la sola tarea de tratar de domeñar la voluntad del señor Presidente Madero; también ocupaba buen tiempo y no poco empeño en llevar a la convicción de los diversos diplomáticos y las numerosas personas y organismos nacionales que constantemente estaban haciendo gestiones en pro de los detenidos para que se les dejara en libertad, en unos casos, y en otros, para que se les respetara la vida.

Materialmente le tenían cerrado el camino a Victoriano Huerta para poder llevar al cabo sus aviesos designios. No le quedó más que un sendero a recorrer, y por cual se encaminó sin titubear: la mentira, la hipocresía más o menos sutil o descarada, según se le opusiera la verdad, actividad en la que Victoriano Huerta era quizás más competente que en el ejercicio de las armas, y conste que era un militar muy competente.

Mintió con toda la serenidad de que es capaz un sujeto cuya cara ignora en absoluto cuál es el color de la vergüenza y el decoro. A quienes fueron a rogarle que respetara las [vidas del señor Madero y de Pino Suárez](#), les dijo que nada les sucedería; que se les dejaría salir del país hacia Europa, y hasta se llegaron a concertar arreglos diplomáticos, naturalmente, con el embajador de Cuba, excelentísimo señor don Manuel Márquez Sterling, para que embarcaran en un cañonero cubano que aguardaba surto en la bahía de Veracruz. Lo único que se les pedía a los presos para que quedaran en pronta y absoluta libertad y pudieran emprender el viaje al extranjero, era que firmaran sus renunciaciones y nada más

Mentiras

Esa era la falacia que estaba esgrimiendo Victoriano Huerta ante la opinión de todo el país y de todos los países amigos que estaban verdaderamente empeñados en evitar que se cometiera un crimen en la persona del señor Presidente de la República.

Pero ante la firme decisión de los presos, de mantenerse en el terreno de la legalidad y el honor, negándose a firmar aquellos documentos que hubieran sido un baldón para la historia y para su nombre, Huerta, avieso y listo, taimado y zorro, maniobró en forma tal, que los actos que pensaba ejecutar de todos modos, aún antes de conocer la negativa de los señores Madero y Pino Suárez, y aunque firmaran sus renunciaciones, no resultaran algo que gravitara sola y exclusivamente sobre él, sino que hubiera otros que se sintieran vinculados a la responsabilidad de un paso

tan serio.

Fraguó la estratagema más cínica y mendaz que pueda urdir la mente más aviesa y experimentada en el crimen y la deshonra.

Valiéndose de la presión que podía ejercer por medio de las armas y conociendo la cobardía humana, presionó sobre determinados individuos para simular que las renunciaciones habían sido firmadas, presentando luego éstas ante la cámara, para hacer el simulacro legal de la designación de un presidente provisional.

Así se hizo la noche del 19 de febrero de 1913. Reunida la Cámara de Diputados en sesión extraordinaria, recibió de manos de Victoriano Huerta las "renunciaciones" que de sus respectivos cargos de Presidente y Vicepresidente de la República don Francisco I. Madero y el licenciado don José María Pino Suárez.

Puestas las cosas así, por ministerio de ley, resultaba Presidente de la República, el ministro de Relaciones Exteriores, que lo era el licenciado don Pedro Lascuráin, a quien se llevó "convenientemente acompañado" (léase escoltado), para que rindiera la protesta del cargo que se le venía encima. Una vez que hubo protestado y, por lo mismo, asumido la presidencia de la República, en términos de la mayor legalidad posible, dadas las circunstancias, se le llevó, estrechamente vigilado por oficiales del ejército, hombres de la absoluta confianza de Victoriano Huerta, a los salones privados de la cámara; allí se le obligó a designar a Victoriano Huerta, ministro de Gobernación, y a continuación hizo formal renuncia de su cargo.

Así, cuarenta y cinco minutos más tarde, en medio de un profundo y sepulcral silencio, cerca de las once de la noche del día 19 de febrero de 1913, fue declarado Presidente interino de la República, el general Victoriano Huerta.

Una vez más el pretorianismo escalaba, por asalto, el poder público, infamia tras infamia, tinto en la sangre de miles de inocentes, procurando dar ciertos visos de legalidad a un gobierno emanado del cuartelazo, de la traición y el crimen.

Mientras toda esa maraña de vilezas, cobardías y bajezas era urdida y actuada por sujetos a los que el traje y el título solamente servía para cubrir una absoluta ausencia de dignidad y de honor, en las dependencias de la intendencia del Palacio Nacional, habilitadas de cárcel, estaban don Francisco I. Madero, el licenciado José María Pino Suárez y el general Felipe Ángeles.

Sufrimiento

Se les habían proporcionado unos catres de lona; de campaña, y concediéndoles una verdadera granjería, dada la forma y trato en que se les había encerrado, se había permitido que se les proporcionaran mantas de cama.

En cada puerta o hueco posible, permanecían, día y noche, centinelas de vista con las armas listas para hacer uso de ellas a la menor sombra de intento de fuga o rebelión contra los nuevos amos. Cada palabra que pronunciaban era escuchada por docenas de pares de orejas de esbirros que las anotaban y comunicaban a sus

superiores rápidamente.

Los pocos y espaciados contactos que tenían con personas de fuera, de la calle, que podían llegar hasta ellos, eran previamente observados, hurgados hasta el fondo y vigilados estrechamente para que no llevaran ni más ni menos que lo que era permitido que llegara en cualquier forma, hasta en la conversación, a los presos.

Así, precariamente, le fue comunicada, quién sabe por quién, a don Francisco I. Madero, la noticia de la trágica muerte de su hermano don Gustavo, dándole una idea de cómo se le había dado muerte y del trato previo que para llegar a ese final había recibido.

Don Francisco I. Madero era un hombre de natural comedido y sentimientos eminentemente humanitarios. Tal vez en ese aspecto radicaba su mayor fuerza moral. Amaba a sus semejantes y gustaba de verlos elevarse sobre sí mismos. En eso radicaba su determinación política y social, y en esa forma de reaccionar frente a sus conciudadanos se apoyó con mejores méritos su determinación para combatir y vencer a la dictadura científicista. Y si tal era su conformación espiritual, bien fácil es deducir cuál sería su manera de sentir y cuál su dolor al enterarse de la suerte que había corrido su hermano don Gustavo.

La pena lo anonadó simplemente. No comentó gran cosa lo sucedido, pero permaneció durante horas y horas cavilando y sufriendo en silencio aquel nuevo dolor que se le deparaba.

Sus compañeros de cautiverio, en vano trataron de hacer que su mente se apartara de la idea penosa de su hermano martirizado, vejado y despedazado por una chusma que no tenía por qué tratarlo así, ni por qué ensañarse contra él en forma tan cruel y despiadada.

Se paseaba el señor Madero en el precario espacio de que podía disponer en su habitación-celda o permanecía sentado con la barba apoyada sobre el pecho y la mirada perdida.

Esa noche, cuando ya se disponían los tres reos a echarse sobre sus respectivos catres de campaña para tratar de descansar, el señor Madero cambió con sus compañeros y amigos unas breves palabras referentes a la suerte de su hermano. No había en su expresión ni en su palabra, asomo de ira o rencor contra los que tomaron parte en el sacrificio de su hermano. Había dolor, sólo dolor, un dolor muy grande y sereno, por la tragedia, por el sufrimiento que pudieron infligirle antes de que llegara, piadosa, la muerte, poniendo fin a su martirio.

Sus amigos y compañeros, conociendo su carácter y viendo su pena, no quisieron insistir en tratar de alejarlo de sus pensamientos y apenas si hicieron los comentarios que su simpatía por el jefe, amigo y compañero de cautiverio, les inspiraba:

—¡Qué infamia! — musitó el licenciado Pino Suárez.

—¡Eso no tiene nombre, don Francisco! — comentó el general Ángeles.

Ya en silencio la habitación, con las luces apagadas y estando aquellos tres hombres tendidos en sus catres, don Francisco seguía teniendo en su mente la figura de su hermano, a quien sabía atormentado y vilipendiado, martirizado y destrozado y... muy a su pesar, rodaron por sus mejillas, lentamente, amargas lágrimas de dolor humano y fraternal, mientras que de sus labios, casi en silencio, apenas musitadas, salían unas cuantas palabras, como a guisa de oración del hermano para el hermano desaparecido.

—¡Pobre Gustavo!

La mañana del día 21 de febrero de 1913, fecha que hoy marca el calendario patrio como "día de luto", el flamante Presidente de la República, Victoriano Huerta, hace acudir a sus cómplices habilitados de ministros, al Palacio Nacional, para cambiar impresiones con ellos y, sobre todo, resolver de una buena vez por todas, qué era lo que se tenía que hacer con los prisioneros.

Huerta sabía qué era lo que él iba a hacer con los prisioneros desde antes que éstos estuvieran en su poder. Había sido esta situación largamente pensada por él y rumiada prolongadamente, disfrutando con fruición de cada pormenor que se le iba ocurriendo.

El reunir a su "gabinete" no era sino una forma de dar la impresión pública de que se estaba obrando con legalidad y de acuerdo con las formas más severas, y para que éstos, sus ministros, se sintieran sus cómplices de lo que se haría, atándolos por ese medio, al par que "sugiriéndoles" lo que a cualquiera de ellos podría sucederle si les llegaba la peregrina ocurrencia de no estar de acuerdo con él: con Huerta, con el "señor Presidente".

Victoriano Huerta había acentuado en mucho su ya antigua y muy conocida afición a la bebida. Estaba, pues, esa mañana, un poco beodo y no trataba de disimularlo. Hablaba con lengua estropajosa, y su mirada, hipócritamente disimulada por sus eternos lentes oscuros, ahora era menos clara que nunca.

Sin que hubiera necesidad de recordarle a toda aquella comparsa con carteras de ministro, cuál era el origen de la situación actual y cómo se había llegado a ella, Huerta, con esa inclinación a lo insistente y monótono, que es característica del alcohólico, les restregó en la cara con lujo de detalles, cómo era que había él llegado a la presidencia y cómo, por consecuencia lógica, ellos estaban ocupando los puestos que tenían. Les describió la cabriola que había obligado a ejecutar a Lascuráin y a la Cámara de Diputados para hacer que, a través de una serie de renunciaciones y designaciones, la presidencia viniera a quedar en sus manos.

Desde Félix Díaz, que también asistió a esa reunión, para abajo, todos se extremaron en sus elogios serviles hacia su habilidad política y buen tino. Apenas si uno de sus "ministros", a través de los más enrevesados razonamientos y mediante una oratoria de pirotecnia verbal, se atrevió a esbozar ciertas dudas respecto a lo que debiera hacerse con las personas de los señores Madero y Pino Suárez, cuando Huerta planteó lisa y llanamente la cuestión: ¿Qué se va a hacer con Madero y Pino Suárez?

Huerta mismo indicó que lo más conveniente era darles muerte porque, dijo, si se les arroja del país, no tardarían en encontrar la forma de regresar para unirse al pueblo que los había llevado a las más altas categorías políticas de la República y, juntos, tratarían de derrocar y castigar a quienes les substituyeron. Vivos, decía Huerta, serían un peligro latente; muertos ¿quién pensaría en Madero? ¿Quién iba a ocuparse de Pino Suárez? No podrían, ya muertos, convertirse en banderas de combate, y por lo que respecta al pueblo, "las masas ignorantes y carentes de responsabilidad" aceptarían la situación creada por ellos, de grado o por fuerza.

Ignoraban aquellos cretinos que la obra de Francisco I. Madero se elevaba miles de miles de codos arriba de su cuerpo físico, que sus ideales estaban ya grabados en la conciencia de los hombres honrados, que estaban perennemente identificados ya con la conciencia nacional y que su memoria perduraría como luz y guía en el camino de la legalidad y del deber

Huerta logró lo que quería: sus "ministros" aprobaron que matar a Madero y a Pino Suárez era lo más indicado; naturalmente que de tales acuerdos se guardó absoluta reserva y solamente se dijo a los diplomáticos extranjeros que estaban inquiriendo constantemente sobre la suerte de los prisioneros, que éstos gozarían de la más, absoluta seguridad respecto de sus vidas.

Pero apenas había salido el boletín que llevaba a los diplomáticos la enésima mentira de aquel grupo de truhanes, cuando Victoriano Huerta, temeroso de que alguien o algo le echara por tierra su tinglado, apremió a sus cómplices en la siguiente forma:

—Señores: creo que ya hemos llegado, por fin, a un acuerdo del que solamente resta ahora ponerlo en práctica. Ahora le corresponde al general Blanquet hacer lo necesario para que lo dispuesto se haga efectivo.

El general Blanquet, sin titubear un solo instante, se levantó y pidió permiso para salir un minuto a la antesala. Regresó inmediatamente y con él, el mayor Francisco Cárdenas y el teniente Rafael Pimienta. El general Blanquet, dirigiéndose a los ahí reunidos, manifiesta en tono vehemente y apasionado:

—El mayor Francisco Cárdenas, de mi absoluta confianza, y su ayudante, el teniente Rafael Pimienta, serán los encargados de cumplir la trascendental decisión que aquí se ha tomado. —Luego, dirigiéndose al mayor Cárdenas—: Mayor, tiene usted que cumplir con una comisión muy importante, ahora mismo. Va usted a sacar a los presos Madero y Pino Suárez de la intendencia de palacio, en donde están detenidos, y los conducirá usted a la Penitenciaría pero, óigalo usted bien —dijo recalcando cada letra de cada una de las siguientes palabras—: n-o d-e-b-e-n llegar v-i-v-o-s a-l-l-í. Una vez muertos los dos, usted simulará que ha sido atacado por numerosos partidarios de esos señores y que ellos perecieron en la refriega. ¿Me entiende usted bien? ¡Que ellos perecieron en la refriega! En esa forma rendirá usted el parte mañana por la mañana.

—Entendido, perfectamente, mi general. Se cumplirán sus órdenes — contestó secamente el mayor Cárdenas.

—Dos automóviles están a su disposición para que usted conduzca a los presos, con algunos individuos de tropa para que lo ayuden informó Blanquet.

—Se hará como usted lo ordena. ¿Algo más que ordenar? — dice Cárdenas, impasible.

—¿Nada más! —Blanquet responde con sequedad—. Vaya usted a cumplir lo que se le ha ordenado.

—Con permiso de usted —Cárdenas ejecuta el saludo y luego, vuelto hacia Huerta, le saluda mientras dice—: Con permiso de usted, señor Presidente.

Con paso firme, salen por donde llegaron, el mayor Cárdenas y el teniente Pimienta.

Entrega de presos

Esa noche, a las once y media aproximadamente, llegan hasta la intendencia del palacio, en dónde están presos los señores Madero, Pino Suárez y el general Ángeles. El teniente federal que estaba de servicio, enterado con antelación de lo que debía hacer, entrega los presos. Penetran a la habitación en que duermen los detenidos, y el teniente los va señalando con una lámpara de mano:

—Este es el señor Madero; éste, Pino Suárez, y este otro, el general Ángeles. Luego los despierta con ademanes bruscos.

—¿Qué pasa?... ¿Qué pasa? — inquiera el señor Madero, despertando y medio cegado por la luz de la lámpara que lleva el teniente.

—Tengo órdenes de entregar a ustedes a sus custodios — informa el teniente, secamente.

—¿A dónde me van a llevar? — pregunta el señor Madero, mientras acaba de despertar y echa mano a sus ropas.

—Ustedes dos —dice Cárdenas señalando con la mano a Madero y Pino Suárez— van conmigo a la Penitenciaría. Allí van a quedar alojados.

—¿También yo? — inquiera el general Ángeles.

—No tengo ninguna orden respecto a usted. Solamente me han ordenado conducir a estos dos señores. Usted continuará aquí.

Los señores Madero y Pino Suárez se visten con premura y en silencio. Cuando han terminado, tratan de recoger sus ropas de cama, pero el mayor Cárdenas les dice, impersonalmente, sin dar importancia a sus palabras:

—No hace falta que se molesten en llevar nada. Después les llevarán a ustedes todo eso a sus nuevos alojamientos.

—Adiós, general Ángeles —dice el señor Madero, abrazando con firmeza al general Ángeles—. Recordaré siempre la nobleza y valiente lealtad de usted.

—Señor Madero... — trata de contestar el general Ángeles.

—General —se despide el licenciado Pino Suárez—. ¡Quién sabe hasta cuándo!;Lo que Dios quiera, señor! — responde Ángeles serio, pero conmovido.

Ya camino hacia el exterior, dicen ambos, Madero y Pino Suárez:
—¡Adiós!

Rumbo a la penitenciaría

Por la puerta central del palacio salen a la calle, en medio de la noche oscura y fría, dos automóviles que tornan rumbo a la Penitenciaría. En uno de ellos van el señor Madero y el mayor Cárdenas en el asiento trasero, en el delantero van el chofer y dos rurales armados; en el estribo va un oficial.

En el otro carro van, en el asiento posterior, el Licenciado Pino Suárez y el teniente Rafael Pimienta; en el asiento delantero, el chofer y dos rurales armados.

Nadie pronuncia una palabra mientras los carros van rodando. Llegan al costado del edificio de la Penitenciaría, en los llanos de San Lázaro. Ahí se detienen los automóviles y de ellos bajan los rurales, portando sus armas.

El teniente Rafael Pimienta dice, imperativamente al licenciado Pino Suárez:

—Ya hemos llegado, baje usted.

—¡Pero, si no estamos frente a la puerta de la Penitenciaría! ¿Por qué...?

No puede terminar la frase que empezaba, porque recibe un fuerte empujón que le da Pimienta, tirándolo al suelo y ahí, antes de que se dé cuenta de lo que sucede, Pimienta le dispara un tiro que le destroza la masa encefálica.

El automóvil que lleva al señor Madero, también hace alto, y al parar, el mayor Cárdenas dice al señor Madero, bruscamente;

—¡Aquí es! ¡Bájese!

—¿Pero aquí, en el campo raso...? ¿Es que me van a matar? — inquiera sobresaltado el señor Madero.

Se cumple la decena trágica

El mayor Cárdenas lo empuja con violencia lanzándolo fuera del automóvil, y tras él baja Cárdenas con la pistola en la mano, y sin decir una sola palabra más, dispara toda la carga de su arma sobre el cuerpo del Presidente de la República, don Francisco I. Madero,

matándolo instantáneamente.

Violentamente se vuelve Cárdenas y ordena a los soldados rurales que están atónitos ante lo que han visto:

—Ustedes disparen unos cuantos tiros sobre los automóviles. ¡Vamos! ¡Pronto!

Los soldados hacen lo que se les ordena, y luego, obedeciendo órdenes, vuelven a montar en los carros y emprenden el regreso a la ciudad, dejando tirados en aquellos llanos los cuerpos acribillados de sus víctimas.

Quedaba consumado el crimen.

La República, al enterarse al día siguiente de aquellos acontecimientos, a través de la versión fraguada por los esbirros y en la que aparecía como que los señores Madero y Pino Suárez habían sido muertos por sus propios partidarios, se estremeció de horror, pero la versión no engañó a nadie. Todo mundo supo perfectamente que aquel asesinato era indispensable para consolidar el régimen del crimen y de la traición, y volcó sus sentimientos, especialmente la clase popular, los trabajadores humildes, haciendo una verdadera peregrinación hasta los lugares en que cayeron los cuerpos acribillados por las balas magnificadas que dispararon aquellos dos canallas asesinos: el mayor Francisco Cárdenas y el teniente Rafael Pimienta, simples matarifes a los que una soldada miserable compró su conciencia para convertirlos en viles cómplices del más brutal y nauseabundo criminal: Victoriano Huerta.

Creyeron que con la muerte física del señor don Francisco I. Madero daban el cerrojazo para tapar para siempre su personalidad y sus ideales, y resultó exactamente lo contrario. Vivo, el señor Madero tenía, como todos los hombres, partidarios, simpatizadores, enemigos y detractores; muerto, Francisco I. Madero ascendió a la categoría de símbolo de una idea y una norma. Fue la bandera de la legalidad y democracia que volvió a congregarse en torno de esos ideales a los hombres amantes de la patria, pero de una patria libre y amplia, como antes congregara en torno a su persona a los que abrieron en México el camino a la democracia.

Francisco I. Madero, asesinado por Victoriano Huerta, en representación de todas las negaciones reaccionarias y dictatoriales, es norma y medida de libertad y democracia auténtica.

“Al conquistar nuestras libertades hemos conquistado una nueva arma; esa arma es el voto”.

Francisco I. Madero.

Bibliografía tomada de los siguientes libros:

- Casasola, Gustavo. *La Historia Gráfica de la Revolución Mexicana*. Editorial Trillas. México 1960.

- Lara Pardo, Luis. *Madero esbozo político*. Ediciones Botas. México 1938.

- Márquez Sterling, Manuel. *Los últimos días del presidente Madero*. Editorial Porrúa. México 1958.
- Urquiza, Francisco L. *Viva Madero*. División de Editora de Periódicos. México 1957.